

Crónica de don Francesillo de Zúñiga. Don Adolfo de Castro.

A 23 días del mes de enero, año de 1524 , víspera de San Sebastian, la serenísima Reina llegó á las Garrobillas del conde de Alba de Liste, donde todo abrigo hallamos, que bien menester nos era; y otro día, que fue San Sebastian, hobo en la iglesia principal de la dicha villa sermón, y en esto vinieron todos los caballeros sigüenzanos con cadenas de oro y capas coloradas, al modo que andaban los godos en España. El autor, como los viese, los conjuró que le dijesen quién eran, y con el recio conjuro, ellos le dijeron que eran caballeros muertos que estaban depositados en los monesterios de San Pedro de Cárdeña y San Pedro de Arlanza, y que se llamaban don Ordoño y Pero Bermudez y Antón Antolinez y Nuño Gustos y Lain Calvo é Martin Pelaez, el asturiano, y Gil Diaz, el que tenia el caballo del Cid, llamado Babieca, y Alvar Yañez Minaya, el de las tablas alfonsíes, y Nuño Rasura y Laerbaz y Estéban Domingo de Avila , que fue en tiempo del rey don Alonso el de la mano horadada, de donde decienden los de la casa de Avila , y don Miguel y don Vitiza y dos sobrinos del rey don Fruela, y un tio del conde Fernand Gonzalez de Brabante, y una madrastra del rey don Sancho el Deseado, que se llamó Teresa Jiménez, visagüela de doña Jimena Gómez, mujer del Cid Ruy Diaz, hija de los hijos de doña Sancha, que dicen »mal amenazado me han, y que no por al venían á acompañar al Obispo, sino porque se habia hallado su agüelo deste obispo en la de Aljubarrota, y por la gran fama de su bondad. Cuenta la coronica que estos caballeros siempre tuvieron que eran muertos, y si algún tiempo vivieron fue mientras este obispo les dio de comer; parecieron los dichos caballeros menestriles del conde de Osorno ó secretarios del conde de Coruña; otros dicen que solicitadores del conde don Fernando de Andrada, el de Galicia.

CAPITULO XLVI.

De cómo la Reina llega a Badajoz, que es en la raya de Portugal. Luego dende á cuatro ó cinco días llegó la Reina á la ciudad de Badajoz, y á una legua antes salió por le besar las manos el conde de Benalcázar, que después fue marqués de Ayamonte, el cual venia por acompañarla; el rostro como muleto nuevo, con muchos caballeros de Extremadura, por los cuales dijo el Profeta: *In consiliis de istis non intrabit anima mea*; vuelto en romance: Si me muriere, enterradme apartado de ellos diez y seis leguas. Iban estos caballeros con cadenas, á modo de gálgos fugitivos, y mas llevaba este dicho conde menestriles y atabales, y como aquella jornada se acabó, aquellos menestriles se le despidieron, y por esto no murió de pesar la Marquesa, que mucho amaba el ahorramiento de su yerno. Llegó don Jorge de Portugal al Conde, que era su sobrino, y llorando le dijo: «Señor sobrino, perdonaimo , que cada vez que vos veyo me lembro de vossa may é de lo que gastó; cuando algún jubón nuevo hago, non poso dejar de chorar». Luego llegó el Conde y besó la mano á este don Jorge, y don Jorge le dijo: «Paz sea contigo.» Estos caballeros que iban con el Conde eran demasidamente esforzados porque los días de fiesta comían malla cocida, y los días feriados espadas picadas y acero desalado, y por ser de Extremadura el autor no los osó apodar, porque fue informado que daban espaldarazos que quitaban la habla. Este conde fue buen caballero, y no tan liberal como quisiera el autor; deseó mucho contentar al duque de Béjar; murió en la villa de Orlens , y sobre su sepultura tenia una letra que decía: Saltern vos amici mei.

Llegó luego don Juan Alonso de Guzman, sobrino del duque de Béjar, á legua y media de Badajoz y llegó á besar las manos á su alteza con muchos caballeros honrados aderezados al modo de los romanos, cuando con Julio César vinieron en España. La Reina lo rescibió honradamente, entre los cuales iba un caballero antiguo , criado de la casa de Niebla, que se llamaba Francisco Carrillo y dijo á la Reina : «Señora, por vida de mi madre, que si don Juan Alonso, mi señor, estuviera en Sevilla, que os hiciera mil honras y servicios, y además desto, si llegárades á tiempo que los atunes mueren en las almadrabas, que os hiciera un pipote de hijadas de atún. »

Este don **Juan Alonso de Guzman** fue animoso caballero, liberal, no tan alto como Francisco González, el gran españarte, ni tan ancho como el doctor de Agreda, ni tan colorado como el doctor de la Torre, vecino de Granada. Murió de grave enfermedad, de un divieso que le dio en el Espinar, tierra de Segovia. Fue depositado en el secretario de Castañeda, y después fue **llevado al monasterio de Pampliega**. Tuvo sobre su sepultura un título que decia: "En las casas de mi padre hay mas sillas que mansiones."
Domine adjuva me.

Tuvo por hermano á don Pedro de Guzman, buen caballero, esforzado, liberal, y parecia, demás desto, bragueton del duque de Béjar ó tio de Manuel de Sosa, portugués, capellán mayor qué fue de la muy alta reina dona Leonor, hermana de la cesárea majestad. Fue de los que quedaron á orilla del rio con Juan Rodriguez Mausino, como dicho es. Y como este don Manuel se viese á par del agua muy enojado, prometió de nunca decir bien de Castilla, y en lugar de rezar sus oraciones, leia la batalla del Troncoso y que no creia en Dios por cuatro años venideros, y en señal desto echó un breviario que acaso tenia en la mano sin antífonas, en el rio y dijo: «Fazo voto á Deos y á las nescesidades de mi primo Martin Alonso de Sousa, de no rezar tercia ni sexta por espacio de quincuagena. Este don Martin fue generoso; vestía todos los inviernos recios loba de chamelote y sayo de sarga con mangas de coutrai; fue dicho por este autor que parecia confesor de don Alonso Tellez; murió de lástima que hobo por salir de Castilla. Fue enterrado en la villa de Oñate; fue desenterrado por el Conde para dar de comer á unos cernícalos que allí criaba cada año. Agora deja el cronista de contar lo que mas pasó en la jornada de Portugal, después que entraron en aquel reino por honra de él, y vuelve á contar lo que en aquel tiempo avino al César.